

Capítulo 1: Bienvenidos al Hotel Marigold

El sol de la tarde teñía de oro las fachadas de los edificios en la calle principal, pero su luz apenas alcanzaba los rincones oscuros del vestíbulo del Hotel Marigold. Los rayos, tímidos y oblicuos, cruzaban las ventanas polvorientas de los grandes ventanales, proyectando sombras largas sobre el mármol desgastado. Aquel lugar había conocido tiempos mejores, eso estaba claro, pero incluso en su estado actual, el hotel conservaba una dignidad tranquila, como un anciano que, a pesar de su edad, todavía se viste con orgullo.

María se quedó un momento de pie frente a la gran puerta doble de entrada, observando el cartel de metal algo oxidado en el que apenas se leía "Hotel Marigold". Sus manos temblorosas jugueteaban con las llaves que acababa de recibir. Dentro, el vestíbulo se extendía, vasto y casi vacío. Solo había un sillón viejo y una planta moribunda en una esquina. El aire tenía ese olor particular a madera antigua y muebles cerrados demasiado tiempo, con un toque de humedad, pero también había algo acogedor en ello.

—Parece que el tiempo aquí se detuvo hace décadas —murmuró para sí misma, mientras arrastraba lentamente su maleta hacia el mostrador de recepción.

No había nadie detrás del mostrador, pero una campanilla oxidada descansaba sobre la madera oscura. María dudó un momento antes de tocarla, y el leve "ding" resonó en el vestíbulo, como un eco demasiado grande para tan pequeño sonido.

De la nada, como si hubiese estado esperando su llegada, apareció el administrador. Era un hombre delgado, con gafas pequeñas y un traje que parecía pasado de moda, pero bien cuidado. Su aspecto encajaba a la perfección con el lugar.

—Bienvenida, señora... María, ¿verdad? —dijo sin consultar ningún papel.

María asintió, algo incómoda. No recordaba haberle dado su nombre aún, pero decidió no mencionar nada.

—Sí, María. Había quedado con el administrador...

—Oh, soy yo. Encantado. Aquí están las llaves de su habitación. Tercera planta, habitación 307. Su equipaje será llevado en un momento. —Hizo una pausa, como si estuviera evaluándola, y luego añadió—: Las comidas son servidas en el comedor a las ocho, dos y ocho. Mañana podrá hacer su pedido para el día siguiente a través de la app, si así lo desea.

María asintió nuevamente, sin saber muy bien qué responder. Agradeció las llaves y se encaminó hacia el ascensor antiguo. Mientras subía lentamente, sintió un ligero vértigo, como si el pasado del hotel estuviera envolviendo su mente.

Cuando las puertas se abrieron en la tercera planta, María salió al pasillo alfombrado, que crujía bajo sus pies. Notó que algunas puertas estaban cerradas y otras entreabiertas, revelando destellos de otros residentes. Uno de ellos, un hombre alto y de aspecto cansado, pasaba justo en ese momento con una pequeña maleta en la mano. Se encontraron en el pasillo, y él le ofreció una media sonrisa.

—Primera vez aquí, ¿verdad? —preguntó Raúl, intentando ser cordial. No había dejado de notar que María llevaba la misma mezcla de incertidumbre y cansancio que él sentía.

—Sí, acabo de llegar —respondió María, sin saber muy bien si debía prolongar la conversación o no.

—Raúl —dijo el hombre, extendiendo una mano—. Soy nuevo también. Me instalé esta mañana con mi hijo, está en la habitación jugando con el teléfono.

María estrechó su mano con suavidad, tratando de ocultar su incomodidad. No era buena para las charlas triviales, menos aún con desconocidos. Raúl percibió su tensión y no insistió más.

—Bueno, espero que se sienta cómoda. Quizás nos veamos en el comedor —dijo él antes de despedirse con una ligera inclinación de cabeza y dirigirse a su habitación.

Cuando María abrió la puerta de la 307, se encontró con una habitación sencilla pero cuidada. Las paredes estaban cubiertas de papel tapiz que había perdido su brillo, pero el mobiliario —un escritorio de caoba, una cama con cabecero de hierro forjado y una lámpara de pie de diseño art decó— mostraba una elegancia pasada. Cerró la puerta suavemente, disfrutando de la soledad.

Mientras María se acomodaba, el vestíbulo del hotel volvía a recibir nuevos huéspedes. Las puertas se abrieron de golpe cuando Clara entró con una niña de siete años aferrada a su falda.

—¡Mamá, mamá, mira! —exclamó la pequeña, señalando el techo alto decorado con molduras doradas y una lámpara de araña inmensa, aunque apagada.

Clara sonrió, distraída, intentando controlar su propio nerviosismo. Las palabras del administrador, que les había dado la bienvenida con su misma voz serena y mirada fija, resonaban en su cabeza. Una nueva oportunidad, se decía, un lugar seguro donde reconstruirnos.

El Marigold, aunque polvoriento y casi sombrío, le ofrecía algo que no había tenido en mucho tiempo: tranquilidad. Se agachó para mirar a su hija a los ojos.

—Sí, es un lugar bonito, ¿verdad? —dijo, forzando una sonrisa. Sabía que el entorno no podía cambiar todo, pero esperaba que al menos le diera a su hija un poco de estabilidad.

—Vamos, la habitación es por aquí —le indicó mientras comenzaban a caminar hacia el ascensor.

A la misma hora, Teresa y Sofía descargaban su equipaje en el coche compartido, riendo entre bromas sobre su torpeza para manejar las maletas. Teresa miraba el edificio con ojos brillantes, emocionada por la promesa que representaba el Marigold.

—¿Te imaginas lo que podemos hacer con este lugar? —comentó mientras señalaba las grandes ventanas del comedor que se abrían a un patio lleno de plantas descuidadas—. Podemos empezar por arreglar el jardín y tal vez organizar cenas temáticas.

Sofía, menos idealista, se limitó a sonreír, intentando contener sus expectativas. Aunque quería que el hotel fuera su hogar, no compartía del todo la visión de Teresa.

—Poco a poco, Teresa. Apenas nos conocemos todos. Primero veamos cómo funciona esto —le dijo con amabilidad, mientras empujaba la puerta del hotel y respiraba el aroma a historia olvidada.

Al entrar, la voz del administrador las recibió, como si hubiera estado esperando justo ese momento.

Esa noche, en el comedor común, los residentes empezaban a reunirse tímidamente. Los platos llegaron servidos en silencio, con una eficiencia casi fantasmal, pero el bullicio

tímido de los recién llegados llenaba el espacio. En esa primera cena compartida, los silencios aún predominaban sobre las palabras, pero las miradas cruzadas decían más de lo que cualquiera se atrevía a expresar.

El Hotel Marigold había comenzado su nuevo capítulo.